

<i>De div</i>	<i>De divinatione per somnum</i>
<i>De sensu</i>	<i>De sensu et sensibilibus</i>
<i>EN</i>	<i>Ethica Nicomachea</i>
<i>Met</i>	<i>Metaphysica</i>
<i>Meteor</i>	<i>Meteorologica</i>
<i>Phys</i>	<i>Physica</i>
<i>Rhet</i>	<i>Rhetorica</i>
<i>SE</i>	<i>Sophistici Elenchi</i>
<i>Top</i>	<i>Topica</i>

b) Autores modernos

Bonitz, H. (1961)

Index Aristotelicus, Aristotelis Opera, V. Berlín: de Guyter.

Cope, E.M. / Sandys, J.E. (1970).

The Rhetoric of Aristotle. With a Commentary by Edward Meredith Cope. Revised and Edited by John Edwin Sandys. Hildesheim Nueva York: Olms. Tres tomos.

Ross, W.D. (1949)

Aristotle's Prior and Posterior Analytics. A revised text with introduction and commentary by W.D. Ross. Oxford: Clarendon Press.

Sinnott, E. (1989)

Untersuchungen zu Kommunikation und Bedeutung bei Aristoteles. Münster: Nodus.

Sorabji, R. (1980)

Necessity, Cause and Blame. Perspectives on Aristotle's Theory. Nueva York: Cornell University Press.

Los místicos españoles del siglo de oro

Gloria Olga Justa Martínez *

El *sentimiento religioso* ha sido siempre característica distintiva del ser español. España fue siempre defensora y portadora -para usar la palabra favorita de Max Scheler- de "valores" religiosos. Es una constante expresada en su literatura, del Poema del Cid a los escritos de nuestros días. En la más terrible adversidad, ante la calumnia y el destierro, el héroe levanta sus ojos al Cielo:

... "Grado a ti, Señor Padre, que estás en lo Alto" ...

... "Plegue a Dios e a Santa Maria" ...

En el siglo XVI, avivó esta inquietud, como una llama que al soplo del Espíritu se convierte en hoguera, la necesidad de oponerse a los errores de la Reforma, para salvaguardar providencialmente no tanto la unidad política, como quería el Rey Felipe II, sino, sobre todo y en primer lugar, la unidad espiritual.

Es entonces cuando surge una expresión de género literario, la llamada "corriente mística, que es la expresión más perfecta de ese sentido religioso ínsito en todo lo español".

Como reconoció Miguel de Unamuno: "produjeron nuestros místicos lo más castizo, lo más íntimo, lo más propio de nuestra literatura, nuestra sabiduría heórica. No es, pues, de extrañar que en el orden puramente literario, los más grandes modelos del íntimo decir, las maravillas naturales y espontáneas del espíritu haya que ir a buscarlas, en nuestra literatura, a los místicos".

¿Qué significa, en realidad, hablar de los escritores místicos? Si se considera la palabra "místico" en un sentido general de "religioso", tendrían cabida en el género místico también las obras simplemente morales, exegéticas, ascéticas y hasta los manuales. El estado piedad y las obras hagiográficas.

Pero si se usa la palabra en su sentido estricto, según la etimología griega de *nuoziloz*, "misterioso", "arcano", los místicos son los que poseyeron ese saber misterioso y arcano que San Juan de la Cruz llama "contemplación infusa o mística teología, en que de secreto enseña Dios al alma y le instruye en perfección de amor, sin ella hacer nada más que atender amorosamente a Dios, oírle y recibir su luz, sin entender cómo es esta contemplación infusa".

* Profesora de Literatura contemporánea y Literatura Española de la Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador.

Según esto, no puede ser "místico" quien quiera serlo, por un ejercicio "as-cético" -dicho con redundancia- de su voluntad humana. El estado místico es uno de los misterios de Dios en las almas y se da, no en quien quiere, sino en quien Dios quiere con la cooperación humana libre del elegido por el espíritu que, según la Escritura, "sopla donde quiere".

Por eso, por no tomar la palabra en su estricta semántica se comprende en una misma denominación: "escritor místico" y "santo místico", sin aclarar que, santos, podemos ser todos y de hecho estamos llamados a la santidad personal... "sed perfectos, como vuestro Padre es perfecto".

Las tres vías

Los mismos místicos corroboran esta afirmación, explicitando el logro de la perfección a través de tres caminos o vías, que son tres grados de la perfección cristiana:

- 1) La vía *purgativa* o de la consideración de nuestras imperfección.
- 2) La vía *iluminativa* o de la contemplación de Dios que mora en el alma (es el plano natural).
- 3) La vía *unitiva* o de la unión con Dios por la contemplación infusa (acompañada de dones extraordinarios como el éxtasis). Es el plano sobrenatural.

Las dos primeras vías están aún en el plano natural ascético. La última es la propiamente "mística".

Según la definición de Oda Schneider, carmelita descalza, "la mística es el corazón del misterio. Su objeto es Dios, experimentado por un hombre en la oscuridad de la Fe, más allá de los sentidos, en su esencia verdadera".

"Vivo sin vivir en mí/ y de tal manera espero/ que muero por que no muero", dirá Santa Teresa de Jesús.

La literatura mística

Del intento de expresar de algún modo, estas inenarrables vivencias, surge la literatura mística, que según mi opinión se ha dado en su verdadero sentido sólo en España. De ahí que cuando decimos "los escritores místicos", pensamos en los místicos españoles. Y no olvidemos que estos escritores místicos tuvieron, en lo terrenal, su vida de acción, ya sea en al cátedra, como Fray Luis de León, en sus fundaciones y reforma del Carmelo, como Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.

En realidad, la experiencia mística es un acto cuyo verdadero sentido es el amor; y el amor humano necesita comunicarse y compartir. La comunicación humana por antonomasia es el lenguaje, y el lenguaje del amor por antonomasia es la poesía. Todo hombre que ama se vuelve poeta, como dijo San Agustín, "el

cantar es propio de los que aman". Y ya se sabe que la poesía es la forma de comunicación más directa y profunda entre los que se aman.

Poetas místicos. Por eso, los escritores místicos propiamente dichos se vuelven poetas, son poetas, de estilo a la vez humano y casi sobrehumano. Su esfuerzo por acceder al Amor divino hace que sus estrofas irradian una luz especial y que, aún cuando vuelquen sus experiencias místicas también en prosa literaria, lo más acendrado y esencial de su mística se expresa en poesía.

Los símbolos místicos

Y les sobreviene la mayor dificultad, ¿cómo expresar esa realidad espiritual, sobrenatural, distinta, con el mismo lenguaje de la realidad común? El signo lingüístico usual, con su significado para cada significante, resulta limitado, in-expresivo. Al mismo significante, deben atribuirle un significado mucho más alto y profundo; crear un lenguaje distinto; aunque el escritor místico no se propone realizar una obra de arte, aunque se proponga -como Santa Teresa de Jesús, "escribir con la mayor llaneza"-, el lenguaje español -tan rico- resulta por humano pobre instrumento expresivo y deben crear sus propios símbolos. Y así, por ejemplo, "salida" querrá decir: "éxtasis", "casa", alma; "llama", "amor".

Como el propio San Juan de la Cruz escribió a Doña Ana de Peñaloza, quien le había solicitado comentarios y aclaraciones sobre su poema "Llama de amor viva", el vocabulario habitual no le bastaba. Dice: "Alguna repugnancia he tenido, muy noble y devota señora, en declarar estas cuatro canciones que su merced me ha pedido, por ser cosas tan interiores y espirituales para las cuales comúnmente falta lenguaje porque lo espiritual excede al sentido y con dificultad se dice algo de la sustancia del espíritu, si no es con entrañable espíritu".

Toman también los símbolos bíblicos: el esposo-Dios, Cristo; la esposa: el alma; el ciervo, la Fuente. . . Pero los impregnan de nuevas experiencias humanas.

Las Formas

Toman también las formas estrópicus usuales: la copla, el romance, el romancillo, pero sobre todo la lira, la lira de Garcilaso, esos cinco maravillosos versos eptasílabos y endecasílabos, cuyo esquema dibuja la forma del psalterio davídico:

"¡Oh noche que guiaste
oh noche amable más que el alborada;
oh noche que juntaste
Amado con Amada,
Amada con el Amado transformada!"

y que en la onomatopeya de la vocal "a", repetida en distinta tonalidad, va poniendo en el oído la exclamación de exaltado Amor ante la contemplación divina: ah, ah, ah!...

Los hombres

Hasta ahora no he mencionado sino de paso los nombres, que surgen en la mente a la sola referencia a los "místicos españoles".

Y, según lo aclarado sobre "escritores místicos" no me referiré a los ascetas y moralistas como el Beato Juan de Avila (1500-1569), sacerdote secular; el Beato Alfonso de Orozco (1500-1591), agustino; ni siquiera a Fray Luis de Granada (1504-1588), la lumbrera de la Orden Dominicana.

Sólo mencionaré la constelación mística de tres estrellas de primera magnitud: Fray Luis de León (1527-1591), San Juan de la Cruz (1542-1591), Santa Teresa de Jesús (1515-1582).

San Juan y Santa Teresa son la experiencia mística vivida en plenitud, que trataron de expresar en obras de gran intuición lírica; obras que, en San Juan de la Cruz, se fundamentan en lo intelectual y conceptual y en Santa Teresa, en ternura y emotividad con dejo popular.

Fray Luis de León, euriditísimo agustino, profundo conocedor de la Teología y de la mística, que fue inclusive prologuista de ediciones de Santa Teresa, aspira a la experiencia mística de la que no llega a participar en plenitud (precisamente por lo que decía al principio, que esa experiencia parte de Dios hacia el hombre que la busca por las trabajosas vías purgativa e iluminativa que no son otra cosa, al fin y al cabo, que la senda estrecha de que habla Cristo en el Evangelio); y no complugo al Espíritu Santo -según mi pobre deducción humana-, hacer de Fray Luis de León un "santo" místico.

Fray Luis de León

Fray Luis, el horaciano de las odas, el que en la celeberrima del elogio a la vida retirada, aspira más a la sabiduría y sus descansados frutos que a la santidad; (... qué descansada vida/, la del que huye del mundanal ruido) y sigue la escondida senda por donde han ido/ los pocos sabios que en el mundo han sido); el virgiliano que, como hacia fíero tendido bajo la verde haya ensayado su caramillo y enseñando a la selva a repetir el nombre de la hermosa Amarilis (Tytire tu patulae -recubans sub tegmine Fagi-...)

... "Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando,
en sed insaciable

del no durable mando
tendido yo a la sombra este cantando".

Fray Luis, el de los diálogos platónico-agustinianos de los "Nombres de Cristo"; el enamorado de los Salmos que volcó en versos castellanos; el que realizó la versión versificada castellana de "El Cantar de los Cantares", el que nos transmite la vibración dolorosa de las lamentaciones de Job, llega a los lindes de la experiencia mística frente al misterio de la noche y ante la sugestión de la música.

Cuando escucha la música del organista ciego de Salamanca, su espíritu se eleva en alas de las notas y llega al linde de éxtasis (de la "salida" de los sentidos), pero hay un nexo de sensibilidad humana, puramente humana, que le impide siempre "salir" del todo de sí mismo.

... "Aquí la alma navega
por un mar de dulzura y finalmente
en él ansí se anega
que ningún accidente
extraño o peregrino oye o siente..."

... "Oh desmayo dichoso
oh muerte que das vida,
oh dulce olvido
durase en tu reposo
sin ser restituido
jamás a aqueste bajo y vil sentido".

En "Noche serena", parte de la noche estrellada del universo creado; trata de romper el maravilloso velo corporal de esa titilante hermosura para ascender al Creador; trata de traspasar la material bóveda del cielo creado, para ascender a la Morada Celestial, y siente como la mayor desventura en lo poder lograrlo:

Cuando contemplo el cielo/ de innumerables luces adornado/ y miro hacia el suelo de noche rodeado/ en sueño y en olvido sepultado.

El amor y la pena/ despiertan en mi pecho un ansia ardiente/ despiden larga venal los ojos hechos fuente/ la lengua dice al fin con voz doliente.

Morada de grandeza/ templo de claridad y hermosura/ mi alma que a tu alteza/ nació ¿qué desventura/ la tiene en esta cárcel baja, oscura?

El cuerpo como cárcel, el deseo de romper definitivamente los lazos y unirse para siempre con Dios, el "muero porque no muero" del grito que emanará de Santa Teresa.

A mi modesto juicio, había demasiada cultura humana en Fray Luis, dema-

siados clásicos latinos y griegos; parecería que, en momentos supremos, al borde del éxtasis, la cultura fuese un pesado lastre, un espeso velo, al fin y al cabo de materia, que le impidiese ver a Dios.

San Juan de la Cruz

Pero si Fray Luis es la flecha en el arco que apunta sin alcanzar plenamente el blanco divino, San Juan de la Cruz es la flecha de fuego que parte veloz a la unión con su Amado.

Su poesía ya no parece de este mundo, ni es posible medirla con criterios exclusivamente literarios, a pesar de que excede en maestría al modelo renacentista, Garcilaso, y hay en ella un dejo de pasión y una elegancia que asombran al arte poética.

El "misterio" latente en el "Cántico Espiritual", "Llama de amor viva" y "Noche oscura", trató de ser comentado por el mismo santo en sus tratados en prosa "Subida al Monte Carmelo", "Noche Oscura", y "Cántico Espiritual". Pero, ¿cómo explicar lo inexplicable? ¿Cómo asir lo inasible? ¿Cómo humanizar lo divino?

Para hablar en términos actuales, el "mensaje" de la poesía de San Juan de la Cruz -como también sucede en los escritos de Sta. Teresa- no se agota en lo estrictamente estético, ya que apunta a una dimensión mucho más profunda. La lira del "Cántico Espiritual" excede al modelo Garcilaso y resplandece con un nuevo vuelo, en una celestial bucólica.

... "Pastores, los que fuerdes/ allá por las majadas al otero/ si por ventura vierdes a aquel que yo más quiero/ decirle que adolezco, peno y muero.

Oh bosques y espesuras/ plantadas por la mano del amado/ oh prado de verduras/ de flores esmaltado/ decid si por vosotros ha pasado. . .

. . . Oh cristalina fuente/ si en esos tus semblantes plantados/ formas de repente/ los ojos deseados/ que tengo en mis entrañas dibujados".

En esta bucólica celestial no existe la mera delectación renacentista con dejes del paganismo clásico, sino la naturaleza es como el "velo de la divinidad" de que hablara Platón o, más propiamente y cristianamente dicho, el Rostro del Amado, el reflejo de Dios de que habla San Pablo.

Hay también un soplo interior, anhelante; San Juan de la Cruz vuela en su poesía, y lo dice: "Apártalos, Amado, que voy de vuelo".

Así es como el peso vital de la experiencia mística queda fijado en su poesía, en la que intenta comunicar lo inefable. Y esto se da unido al símbolo y la alegoría. Son recursos que no son simplemente artísticos; sino medios directos para tratar de comunicar una experiencia que es, por esencia, incommunicable. Usa símbolos tradicionales, que están en la Sagrada Escritura, como el Esposo (Cristo) y la Esposa (el alma), o el símbolo del ciervo, unas veces como símbo-

lo de Cristo, y otras veces como simbolizando el alma; y utiliza otros símbolos propios, como la llama y la noche.

En el poema de San Juan de la Cruz, "Noche Oscura" se establece como una clave para comprender la mística española. En cierta manera, resume toda una tradición mística de intención didáctica; emplea la poesía como el mejor medio de expresión y utiliza la simbología como significante de un significado misterioso.

Con ser tan breve -ocho fulgurantes lirás- señala la naturaleza del proceso místico, que es siempre extática (éxtasis, salida), un salirse del alma, "una salida fuera de sí mismo", como lo definió Santo Tomás de Aquino.

"En una noche oscura,
con ansias en amores inflamada
¡oh dichosa ventura!
salí sin ser notada
estando ya mi casa sosegada".

Entre la primera estrofa, que contiene la expresión "salí sin ser notada" y la última donde dice

... "entre las azucenas olvidado", se encierran la salida y su término, la experiencia unitiva del alma, que ya ha purgado sus imperfecciones, en la que se ha consumado la iluminación.

Aunque aparentemente se habla del encuentro de dos enamorados, es obvio que se trata de la unión del alma con Dios. El yo poético nos traslada al ámbito del "Cantar de los Cantares" de Salomón, el libro bíblico al que reconocen carácter místico tanto la crítica cristiana como la crítica judía tradicionales; aparecen, como en el libro bíblico, el Amado y la amada, el pecho florido, los cedros, la búsqueda nocturna del Amado en una salida misteriosa. En este poema vemos expuestas en forma vivencial las tres vías o caminos hacia la salida, el éxtasis.

Como el mismo San Juan aclara en la nota en prosa que precede a estas lirás de la "Noche oscura", . . . "Canciones del alma que se goza de haber llegado al alto estado de la perfección, que es la unión con Dios por el camino de la negación espiritual".

Y lo aclarará, explícitamente, en el tratado en prosa en el que explica su poema. Estas últimas palabras de la negación espiritual casi son directamente las palabras de Jesús en el Evangelio: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su Cruz y sígame".

Como opina el crítico Dámaso Alonso con respecto a este poema, las cinco primeras estrofas corresponden a la noche propiamente dicha y las tres últimas a la unión con Dios. El mismo crítico afirma que el símbolo de la noche encie-

rra, como todo símbolo, una intrusión profunda y oscura que es difícil traducir. Algunos lo definen en oposición al símbolo de la llama, utilizado en otra poesía clave de San Juan. La noche sería como una síntesis de una oscuridad y una negación totales, y la llama sintetizaría la entrega total, la total claridad. Pero San Juan expresa también el tránsito entre estos dos extremos, evidenciando que el alma, aún en la vía dolorosa de la privación y el sufrimiento, puede tener momentos de felicidad, que le son dados por la certeza ante la evidencia de que se encamina al encuentro de Dios.

... "A oscuras, y segura
por la secreta escala disfrazada,
oh dichosa ventura
a oscuras, y en celada
estando ya mi casa sosegada."

Así, la noche oscura pasa a ser, en la tercera estrofa, la noche dichosa y, en la estrofa quinta, la noche amable que permite la unión con el Amado.

Aquí, como dice el crítico Valente, "la experiencia mística se proyecta sobre el lenguaje y coloca las palabras en el límite mismo en el que la aprehensión de su sentido intelectual coxige al entendimiento abandonar los caracteres propios de las palabras que utilizamos para pasar a una visión intelectual que hacer "intelligere incomprehensibiliter". Es por eso que el lenguaje también sufre una salida de sí mismo. "Se ha cumplido el proceso místico, el descondicionamiento del alma en el que ésta va reduciéndose a un solo centro, que ha de vaciarse de toda forma o imagen creada, para que en esta alma, ya "salida" de sí, ese centro vacío se llene con la plenitud de Dios que no tiene forma ni imagen a la vez que encierra toda la potencialidad infinita de todas las formas de la creación".

Por eso es tan importante la poesía "Noche oscura" de San Juan de la Cruz, porque, en su brevedad, es como un sintético tratado de mística que enseña esas "tres vías" que debe transitar el alma para llegar a la unión con Dios. Esta obra en verso, y su complementaria glosa, y el comentario en prosa, son fundamentales para la comprensión de la mística española. La estrofa inicial es comentada por San Juan dos veces; de las ocho liras, sólo explica dos, y al llegar a la tercera se interrumpe; parece claro que, como la tercera estrofa es la de la unión con Dios,

"En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía
sino la que en el corazón ardía".

El santo, ante la imposibilidad de expresar lo inefable, deja todo en suspenso.

Como si diera a entender que el alma debe ofrecer disponibilidad ante la obra de Dios y dejarse conducir hacia la Luz divina a través de la noche purificadora.

Ante esta hondura que es, paradójicamente, mira altísima, palidece lo estrictamente literario y resulta casi superfluo hablar del "estilo" de San Juan de la Cruz; mencionar lo puramente formal la perfección de sus liras que exceden a las del mismo Garcilaso, a quien llamaron "el diomo" su maestría en el manejo de los recursos expresivos, el efecto emocional que tiembla en sus versos musicales, los adjetivos, verbos y adverbios en parejas de expresividad creciente; la repetición de una misma palabra, cada vez con distinta graduación de sentido y de tonalidad afectiva; la mención constante del aire; las imágenes de todo tipo, las antítesis, las metáforas, las alegorías...

Santa Teresa de Jesús

¿Y qué podría decir -para decir lo más en lo menos- de Santa Teresa de Jesús, la Doctora Mística, la santa reformadora del Carmelo, la que en su adolescencia se declaraba "enemiguísima de ser monja", y a quien la Llama de Amor viva convirtió en la "monja andariega"?

Aun sólo desde el punto de vista literario, su obra es de tal riqueza que excede a toda ponderación. La prosa de sus cartas, de su autobiografía, del Libro de las Fundaciones, de Las Moradas; el verso castellano de copla o romance en toda su gracia y naturalidad; el estilo de espontaneidad e improvisación maravillosas, son sólo algunos de los elogios que podrían hacerse.

En cuanto a escritora mística, tal vez su obra más característica sea su obra en prosa "Castillo interior", título que la Santa dio a "las Moradas". Simboliza la perfección como un castillo de diamante, en cuyo centro se halla Dios. Para llegar a este Centro, hay que seguir las tres vías y atravesar siete moradas o estancias.

De la primera a la tercera moradas, sería la vía purgativa; la cuarta, quinta y sexta, serían la vía iluminativa. La séptima morada, es la vía unitiva. Dios aparece en el centro del castillo, y se realizan los desposorios místicos de Cristo con el alma. A esta alegoría del Castillo -sugerida quizás por tantos castillos como vio en su vida por los caminos de España, y tal vez con reminiscencias del Castillo de Amor de Manrique- añade otras imágenes complementarias que dan como un aliento vital al libro y le permiten acercarnos lo inenarrable y lo convierten, de biografía del alma que camina hacia Dios, casi en una "biografía" de Dios que atrae al alma desde el centro mismo del alma.

Y todo esto en medio de esa asombrosa naturalidad que ya mencioné:

"¿Para qué quieren que escriba? Háganlo los letrados", dirá, huyendo de todo tecnicismo. Al éxtasis lo llama, sencillamente, *unión*.

Para darnos a entender cómo queda el alma en presencia de Dios, usa las expresiones: "embelesamiento", "arrobamiento" y -como San Juan-, "vuelo del alma". Y de este vuelo desciende a un símil que pueda entender nuestra pequeñez, "queda el alma como embobada con una borrachez divina". . .

Su espontaneidad aligera con gracia la profundidad abisal de los conceptos: "Ojalá pudiera yo escribir con muchas manos".

"¿Tomar a leer? Yo jamás lo hago. Si por ventura faltaren letras, póngalas Vuestra Merced allá, que ya se entenderá lo que quiero decir".

El espíritu de la Santa vuelta más alto y más lejos que su pluma: podrían señalarse geniales faltas de concordancia, elipsis notables del verbo: pero siempre se salva el hilo conductor de la narración, por obra de su memoria prodigiosa: "... aquella fuente que decíamos, creo que en la cuarta morada. . ." y, exactamente en la "cuarta morada", canta la fuentequilla. . .

Carecía Santa Teresa de la condición de Fray Luis; sus lecturas fueron "interrumpidas" -desde el punto de vista pequeñito de la cultura humana-, por la revelación de Dios: "no tengas pena" (le dijo Jesús), "que yo te daré libro vivo". Sin embargo su obra embelesa por la multiplicidad de recursos expresivos: el uso particular de los diminutivos, tiempos y oportunos: "centellica del amor de Dios", "considera ciencillas y devocioncillas"; "aquel airecico". . .

Cuando emplea algún término selecto, duda (o, por humildad, hace como que duda): "... unas cositas que llaman agravios", "melindres, creo que le dicen". . . Las comparaciones que usa son de la vida diaria: el huerto, la madre, el agua, la milicia. Pero cuando intenta explicar algo de su unión con Dios, sus expresiones se tornan oscuras, diría que tantológicas, a raíz de que trata, como San Juan, de explicar lo inexplicable: "si el alma no fuera tan desalmada", "si la flaqueza no fuera tan flaca", en un "glorioso desatino", "no entender entendiendo".

"mira que el amor es fuerte,
vida, no me seas molesta
mira que sólo te resta
para ganarte, perderte
Venga ya la dulce muerte,
el morir venga ligero,
que muero, porque no muero."

Vemos casi al querubín que le traspasa el corazón con el dardo de Amor encendido, tal como trató de representárnoslo Bernini, en su mármol casi etéreo.

En toda la luminosa poesía de Santa Teresa sucede lo mismo:

"Esta divina prisión
del amor con que yo vivo
ha hecho a Dios mi cautivo
y libre mi corazón
y causa en mí tal pasión
ver a Dios mi prisionero,
que muero porque no muero"

"Nada te turbe,
nada te espante
todo se pasa
Dios no se muda
La paciencia
todo lo alcanza
Quien a Dios tiene
nada le falta.
Sólo Dios basta".

No es preciso mencionar -pero lo voy a mencionar- el controvertido soneto al que grandes eruditos niegan la pluma teresiana. Se lo atribuyen a varios autores (San Francisco Javier, Fray Pedro de los Reyes, San Ignacio, Fray Miguel de Guevara: "No me mueve, mi Dios, para quererte". . .

Aun a riesgo de equivocarme, creo que este soneto, si se le hace una crítica interna, no puede ser sino de Santa Teresa, la única mujer entre los autores discutidos: de fuego inflamado de la inspiración se da en una ternura absolutamente femenina y enamorada de la entrega.

Y toda su poesía es oración, porque para Santa Teresa de Jesús "oración" es la palabra clave de su experiencia mística.

Los tres místicos españoles, especialmente San Juan y Santa Teresa, santos místicos, tienen "la dicha de los destellos", en expresión de Reinhold Schneider quien también se pregunta: "¿cuánto dura la unión con Dios, por la cual vive el místico? Minutos cuyo fuego derriete todo el lastre de los muertos años de preparación. La única justificación de la vida es participar, como presente, como limitado, de lo infinito. La dicha ante la cual se desvanece toda dicha es la intemperalidad del tiempo".

Finalmente, podría intentarse una aproximación psicológica a los místicos españoles, buscando en la expresión de sus rostros un reflejo de su espíritu. Entonces evocamos la imagen que nos presentan tres retratos.

Son los retratos de Fray Luis de León, de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa de Jesús. Prefiramos los retratos pintados en palabras, que suelen ser menos engañosas que los pinceles, tales cuales los vieron sus contemporáneos

atraídos por esa misteriosa irradiación del alma de estos poetas de lo divino en la envoltura corpórea. Excluyamos la buena voluntad del frailecito pintor, Fray Juan de la Miseria, el del difundido retrato que no le gustó a Santa Teresa, tan exquisitamente femenina en todo, que dudaba de su santidad, pero no de su belleza - "Dios te lo perdone, Fray Juan, que ya que me pintaste me has pintado fe y legañosa".

Fray Luis. Es el primero *el retrato de Fray Luis de León*, alto, erguido, en toda la ascética esbeltez de la elegancia sobria del hábito de San Agustín; frente amplia, rostro aguileño, actitud de meditación; la expresiva mano derecha como esbozando un gesto explicativo, tal como lo muestra su bonce vivo del monumento en la Universidad de Salamanca; imagen fiel al retrato espiritual a través de su voz, pronunciando las legendarias palabras donde se pinta de cuerpo, con las que borra tantos años de calumnias y de sufrimientos injustamente infligidos: "Decíamos ayer". . . Estas palabras corresponden a un rostro noble y sereno, a un gesto digno, a una plástica armonía del ademán y la figura altiva.

San Juan. Es el segundo el retrato de San Juan de la Cruz, según nos lo pintara Fray Jerónimo de San José: "Era de estatura entre mediana y pequeña; el rostro, de color trigueño; flanco, pero bien proporcionado; calva venerable y frente espaciosa; los ojos negros, mansos y suaves; nariz igual, que tiraba algo a aguileña; la boca, labios y barba, con todo lo demás en su rostro y cuerpo, en debida proporción; todo el semblante grave y apacible y sobremano modesto, en tanto grado, que sola su presencia y composición exterior componían a los que le miraban y representaba un no sé qué de soberanía celestial con que movía a venerarle y a amar a Dios".

Y el que cierra nuestra celestial galería, el de Santa Teresa de Jesús, pintada por la carmelita María de San José, la monjita que, tratando de describir a su *Santa Madre de Jesús* inventa dos siglos antes de Kant la categoría kantiana de los juicios indefinidos.

"Era esta Santa de mediana estatura, antes grande que pequeña, y hasta su última edad mostraba serlo. Era su rostro no nada común, sino extraordinario, y de suerte que no se puede decir redondo ni aguileño; los terceros del igual; la frente ancha y muy hermosa; las cejas de color rubio oscuro, con poca semejanza de negro, anchas y algo arqueadas; los ojos negros, vivos y redondos, no muy grandes, mas muy bien puestos. La nariz redonda y en derecho de los grimaltes, para arriba disminuía hasta igualar con las cejas formando un apacible entrecejo.

Era gruesa más que flaca y en todo bien proporcional; tenía muy lindas manos, aunque pequeñas; en el rostro, al lado izquierdo, tres lunares, en derecho unos de otros, comenzando desde abajo junto a la boca hacia la nariz y el último en la nariz, más cerca de abajo que de arriba, era, en todo, perfecta".

Que estos tres rostros de los místicos españoles nos miren hoy, con ese no

sé qué de soberanía celestial de que hablara Fray Jerónimo de San José, y nos muevan, más que a la admiración literaria que sin duda los místicos suscitan, a amar y acercarnos a Dios en sus altos misterios prefigurados en sus criaturas.

BIBLIOGRAFIA

- Santa Teresa de Jesús, *Obras completas*. Ediciones Carmelo, 1970 y Aguilar 1934 y 1947.
 San Juan de la Cruz, *Obras completas* Ed. Monte Carmelo, Burgos 1982 y Aguilar 1946.
 Fray Luis de León, *Obras completas*, Clásicos Castellanos, 1929 y Aguilar 1945.
 A. Coster: *Fray Luis de León*, Revue Hispanique, 1921.
 Blanco García, P.F. *Fray Luis de León, estudio biográfico*, Madrid 1904.
 Alonso Getino, P.G. *Vida y procesos del maestro Fray Luis de León*, Salamanca, 1907.
 Onís, Federico de: *Estudio Preliminar* a la edición de Clásicos Castellanos, Madrid.
 González Palencia A: *Fray Luis de León en la poesía castellana*, Cuenca, 1929.
 Alonso, D.: *Fray Luis de León y la poesía renacentista* en "Rev. Universitaria", La Habana, 1937.
 Fitmaurice-Kelly, J.: *Biografía de Fray Luis de León*, Londres 1921.
 Alonso, D.: *La poesía de San Juan de la Cruz*, Aguilar, Madrid 1966.
 Hatzfeld, H.: *Estudios literarios sobre la mística española*, Gredos, Madrid, 1968.
 Salinas, P.: *Poesías Completas de San Juan de la Cruz*, Madrid, 1936.
 Alonso, D.: *Poesía Española*, Gredos, Madrid, 1950.
 Cilveti, A.L.: *Introducción a la mística española*, Madrid, 1974.
 Duvivier, R.: *La dynamisme existentiel dans le poésie de Jean de la Croix*, Didier París, 1973.
 Castro, A.: *Poesía y mística*, Madrid 1956.
 De la Virgen del Carmen, P. Eulogio: *San Juan de la Cruz y sus escritos*, Madrid, 1969.
 José de Jesús María, Fray: *Vida de San Juan de la Cruz*, Burgos, 1927.
 Allison Peers, E.: *El misticismo español* (Tr. de Carlos Clavería), Espasa-Calpe, Bs.As., 1947.
 Lida, María Rosa: en *Revista de Filología Hispánica* Año I (1939), Año IV (1943).
 Orozco Díaz, E.: *Manierismo y Barroco*, Salamanca, 1970.
 Estudio: En torno al estilo de nuestros escritores místicos y ascéticos.
 Idem: De lo humano a lo divino (El Paisaje en Garcilaso y Sn. Jn. de la Cruz, Oviedo, 1946).
 Idem: Expresión y comunicación en la obra Sta. Teresa, Granada, 1987.
 Valente, J.A.: *Prólogo* al ensayo sobre Miguel de Molinos Barral, Barcelona, 1974.
 De Jesús Sacramento, P. Crisógono: *La escuela mística carmelitana*, Avila, 1930.
 Castro, A.: *Santa Teresa y otros ensayos*, Madrid, 1929.
 Arintero, J.G.: *Influencia de Santa Teresa en el progreso de la teología mística*, en *Ciencia Tomista*, 1923.
 García P. Félix: *El feminismo teresiano en España y América*, 1927.
 Javierre, J.M. *Teresa de Jesús*, Salamanca, 1984.
 Orozco Díaz, E.: *Expresión, comunicación y estilo en la obra de Santa Teresa*, Granada, 1987.
 Vieira Jordao, F.: *Mística e Filosofia*, Coimbra, 1990.